

Poco después partían los muchachos con las teas.

Trancurrió buen rato; cuando de pronto D. Santiago, que no soltaba el anteojo, exclamó:

—Ya los veo: allí están; asoman por la punta del llano de Urbasa y se disponen á bajar. Bendito sea Dios que nos saca de.....

Y se quedó sin acabar la frase, al divisar que también venía una camilla.

D.^a Mercedes se apoderó del anteojo, que no quería soltar su marido; pero el estado nervioso de la buena señora hacía que el instrumento oscilara y temblase, así es que lo devolvió diciendo:

—No me sirve. Yo que quería ver á mi hijo....! Y empezó á saludar con el pañuelo.

—Lo mismo da que lo veamos los demás, contestó don Cirilo, que agitaba el suyo.

—Mira, lo que vas á hacer, añadió D. Santiago, es bajar á que les preparen una buena cena, que bien lo agradecerán.

—Voy en seguida; y á disponer ropa seca, para que se mude al llegar; Luis de mi vida! Qué peso se me ha quitado del corazón...

—Viene una camilla, D. Cirilo: no he querido decírselo á mi mujer; pero á alguien conducen en unas parihuelas. Si será mi hijo..?

—Nó; repuso D. Cirilo, que había reflexionado un momento. Mi vista cansada no aprecia más que unos bultos; pero usted, que la tiene mejor, fíjese y verá que no me equivoco. El que viene en las parihuelas es Juan; de seguro: pero ¿vivo? ¿muerto? Esto es lo que habría que saber.

—Es probable; tiene usted razón; manifestó D. Santiago, que se había aquietado en sus temores. No llego á cono-